

Las señoras levantaron la cabeza con temor y vieron al Párroco que había entrado mientras hablaba Irma.

— Señoras — continuó severamente el P. Cartier — me parece que han olvidado que el trabajo cristiano debe efectuarse en silencio... Es una de las reglas que he establecido al fundar este taller: agradeceré mucho á ustedes que no vuelvan á infringirla.

Dijo, saludó y desapareció discretamente como había llegado. En el taller, por completo silencioso, sólo se escuchó crujir de telas al desgarrarse, rechinar de tijeras y el sordo rumor de la lluvia al chocar contra los cristales de la ventana...

Según había afirmado la Recaudadora, Francisco se disponía á ausentarse de Rouelles. Después de recibir una carta con el timbre de la Administración de Correos de Lausana, se hizo conducir una mañana á la estación de Langres, y allí tomó el tren. Alejándose de las tierras langresinas, atravesó las selvas peñascosas del Jura y se trasladó de Belfort á Soleure y de Neufchatel á Lausana. Entrevió de paso, como en sueños, ríos impetuosos, profundos desfiladeros, nevadas cumbres limitando el horizonte, y, al fin, el lago

de Léman, rodeado de montañas empenachadas por agudas cresterías. Pero ni la novedad ni la belleza del paisaje lograba cautivarle la atención. Pasaba ante estos panoramas espléndidos como hombre que tiene embotado el cerebro y anestesiadas las sensaciones por el peso de abrumadora inquietud. En Ouchy, el vaporcito, después de costear una ribera enguirnaldada con viñedos, lo llevó á un pueblecito situado en medio de los huertos que florecen entre Vevey y Clarens. Allí se había instalado la señora de Pommeret, con Dionisia, en una casita que alquiló á un viticultor de la Tour-de-Peilz.

Con energía y tranquilidad extraordinarias á pesar del desastre que le trastornó la existencia, Adriana iba realizando punto por punto el plan que se trazó la misma noche que sorprendiera la conversación entre Montaraz y Francisco. Tuvo el valor de fingir que estaba en cinta y de anunciarlo á todas las personas con las cuales mantenía aún relaciones; después, cuando temió que el estado de Dionisia podía resultar visible para los criados, pretextando achaques de salud, se apresuró á llevársela al Mediodía. Las dos viajeras fijaron primeramente su residencia en Lausana, y la señora de Pommeret se dedicó á

explorar los alrededores, buscando algún pueblecillo insignificante y poco frecuentado en el cual no hubiese temor á encuentros desagradables; al fin eligió á Tour-de-Peilz, y cuando ultimó los preparativos necesarios y comprendió que se acercaba el instante del alumbramiento de Dionisia, ordenó á Francisco ponerse en camino, porque consideraba la presencia de éste indispensable para al desenlace de la comedia que venía representando desde hacía unos meses.

En Tour-de-Peilz, como en Lausana, Dionisia, por mandato de Adriana, figuraba como esposa de Francisco Pommeret, y cuando éste llegó, pasó, á los ojos del vecindario, como marido de la joven próxima á dar á luz. Por razón de edad, la farsa resultaba perfectamente verosímil; además, las penas habían aviejado tanto á la auténtica señora de Pommeret, que, sin dificultad, podía tomársela por madre política de Francisco. Los últimos días de espera, que habían reunido en esta soledad á los tres actores del drama, fueron crueles para todos y para cada uno de ellos. Hubo allí un tiroteo silencioso de miradas rebosantes de humillación, de desesperación y de cólera, cuya violencia trágica no puede expresarse. Pero el sufrimiento más atroz fué el de Adriana.

Las preocupaciones de su maternidad próxima, absorbían á Dionisia física y moralmente; Francisco estaba aniquilado por la situación mortificante en que se encontraba, por la conciencia de su indignidad y de su rebajamiento; Adriana dominaba á ambos desde la altura de su inmoción, desde la grandeza de su desastre. Conservando asombrosa lucidez de entendimiento, no pasaba minuto sin ver claramente, y como cara á cara las vergüenzas del presente y la espantosa perspectiva del porvenir. Necesitó esta langresina toda la dureza de su temperamento de piedra y toda la energía de sus nervios de acero, para sobrellevar el agobio de esta larga y silenciosa tortura.

Una tarde, cuando el sol abribeño se ocultaba tras las montañas del Jura, cuando el lago ensombrecía su espejeante azul, Dionisia, que llevaba doce horas sufriendo en cama, lanzó un grito agudo. Momentos después, la comadrona se volvió hacia Adriana y hacia Francisco, y tendió á éste una criaturita colorada, que lloraba y gritaba, diciéndole con sonrisa indiferente:

— Alégrese usted, caballero ¡es un varón!

El malaventurado padre, que estaba en un rincón, trastornado y entontecido, sintió algo como un golpe en mitad del corazón. Se estremeció

sobresaltado, y dejó la butaca en que yacía, para recibir al hijo que acababa de nacer; pero Adriana se interpuso y, fulminando una mirada terrible, cuya virulencia sólo era comprensible para Pommeret, exclamó:

— ¡Déjanos! ¡No nos estorbes!

Francisco se alejó sin haber podido siquiera contemplar á aquel niño, que era carne de su carne.

A la mañana siguiente, acompañado de la comadrona y de dos testigos buscados en la vecindad, acudió á la oficina del Registro civil, declaró el nacimiento de su hijo y lo hizo inscribir como « hijo de Pedro Francisco Pommeret y de Laureana María Adriana Ormancey, su legítima esposa, domiciliados ambos en Rouelles (Francia) ». Esto constituía una falsedad severamente castigada por el Código, hacia el cual sentía Francisco — por educación familiar y por enseñanzas de sus superiores administrativos — terror respetuoso; pero llevaba ya un año mintiendo tanto y jurando en falso tantas veces, que una declaración engañosa apenas si le produjo molestia.

Mientras duró la convalecencia, Adriana permitió á Dionisia la satisfacción de amamantar al pequeño; pero, en cuanto la joven pudo soportar las

fatigas del viaje, dejaron la casita de Tour-de-Peilz, y, por Ginebra, las dos mujeres se dirigieron á París, donde Francisco las esperaba. Allí se detuvieron para escoger nodriza ante la cual Adriana se presentó como madre del recién nacido. Ya, en lo sucesivo, estaban salvadas las apariencias, y la señora de Pommeret podía volver á su casa con la cabeza alta.

Sin embargo, aun cuando, ante el mundo, el honor se había salvado, la vida íntima de los habitantes de Rouelles continuaba siendo dolorosísima. El suplicio de la existencia familiar resurgía atormentador, y se hacía aún más intolerable por los recuerdos del pasado, que surgían como fantasmas por doquiera para avivar, en Adriana, en Dionisia y en Francisco, la memoria de las brevísimas horas de tranquilidad perdida para siempre. En el umbral de su casa, recibió la señora de Pommeret las primicias del martirio que había de ser su pan cotidiano. Tuvo que sufrir las felicitaciones locuaces é interesadas de sus sirvientes, muy ganosos de darle la bienvenida y de extasiarse ante el saludable aspecto del pequeñín, al cual mecía, en brazos, la nodriza.

— ¡Virgen Santísima! — exclamaba Modesta. ¡Es tan lindo como un niño Jesús!... ¡Y qué

fuerte y qué robusto!... ¡Angelito de Dios!... ¡Has nacido con suerte!... ¡No te faltarán mimos, regalos y comodidades!... ¡No sentirás haber venido al mundo!

— ¡Y ya se parece á la señora! — observaba zalameronamente Celia. — Los ojos y la frente son de la señora... ¡No podrá negar la señora que es hijo suyo!

— Yo — decía Pedro, sacudiendo la gorra — doy la enhorabuena á la señora, por haber tenido un varón... ¡Vaya! Con perdón de la señora y de la compañía, yo digo que las niñas son una cosa muy delicada, mientras que con los niños no hay que preocuparse.

Y el coro de felicitaciones ruidosas se reanudaba indefinidamente. Se admiraban de la buena salud de la señora. De seguro que nadie, al verla, creía que acababa de salir de un trance tan rudo. Y la señora de Pommeret se hallaba obligada á sonreír, á dar las gracias y á mostrarse complacidísima, para desempeñar su papel de madre. Necesitaba mentir constantemente, y recibir, sin fruncir el ceño y adoptando gesto satisfecho, los saludos del Párroco, las visitas curiosas de los vecinos y los ofrecimientos officiosos de las vecinas del pueblo. Dionisia, á su vez, veíase forzada

á secundar esta comedia, y á permanecer impasible, mientras le quitaban su único consuelo, su única riqueza: el hijo de sus entrañas. Cada cumplimiento dirigido á Adriana, se le antojaba un despojo, algo así como si le robasen un pedazo de su propia personalidad; un nuevo sufrimiento, los celos maternales, envenenaba más la herida. Sentía arrebatos de colera y rebeldías violentas, siempre que pensaba que aquel niño nunca sería suyo. A veces experimentaba deseos vehementísimos de envolver á la criatura en el delantal y huir por medio del bosque; únicamente la contenía el temor de perjudicar á la inocente criaturita que, al menos, tenía en Rouelles vida cómoda y porvenir asegurado.

Francisco, entre las dos mujeres cruelmente heridas, despreciado igualmente por ambas, arrastraba la existencia más lánguida y más menguada que cabe imaginar. Ni aun intentaba protestar para hacer valer los derechos de esposo y de padre que le otorgaba la ley; un gesto de Adriana ó de Dionisia, una mirada, fría como cierzo de Diciembre ó mortal como flecha envenenada, era suficiente para anonadar sus débiles accesos de rebeldía; bajaba la cabeza y apuraba amargamente su humillación.